

VOCES QUE TE CLAMAN
OÍDOS QUE NECESITAN ESCUCHARTE
VOCES QUE TE ACLAMAN
OÍDOS QUE TE ESCUCHAN
VOCES QUE TE LLAMAN
OÍDOS SORDOS QUE TE OCULTAN

ESCUCHA DEL ALMA,
PADRE



Oídos humanos



Oído de Dios

Escuchar para vivir

“Así, pues, hijos, *escuchadme*,
dichosos los que siguen mis caminos.
Escuchad la enseñanza y haceos sabios,
no la rechazéis.

Dichoso el hombre que me escucha
velando a mis puertas día tras día,
guardando los dinteles de mi entrada.
Pues quien me encuentra, encuentra la vida,
y obtiene el favor del Señor”.

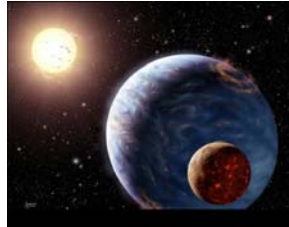
Prov 8, 32-35

Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas. Dt 6, 4-9



Acercóse uno de los escribas que les había oído y, viendo que les había respondido muy bien, le preguntó: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» Jesús le contestó: «El primero es: *Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* El segundo es: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* No existe otro mandamiento mayor que éstos.» Mc 12, 28-31

Desde allí buscarás al Señor tu Dios; y lo encontrarás si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma. Cuando estés angustiado y te alcancen todas estas palabras, al fin de los tiempos, *te volverás al Señor tu Dios y escucharás su voz*; porque el Señor tu Dios es un Dios misericordioso: *no te abandonará* ni te aniquilará, y *no se olvidará* de la alianza que con juramento concluyó con tus padres. Dt 4, 29-31



El que me escucha vivirá seguro,
tranquilo y sin miedo a la desgracia.
Prov 1, 33

Por tercera vez llamó el Señor a Samuel y él se levantó y se fue donde Elí diciendo: «Aquí estoy, porque me has llamado.» Comprendió entonces Elí que era el Señor quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: «Vete y acuéstate, y si te llaman, dirás: *Habla, Señor, que tu siervo escucha.*» Samuel se fue y se acostó en su sitio. Vino el Señor, se paró y llamó como las veces anteriores: «¡Samuel, Samuel!» Respondió Samuel: «¡Habla, que tu siervo escucha!» Dijo el Señor a Samuel: «Voy a ejecutar una cosa tal en Israel, *que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos.* 1 S 3, 8-11

Escucha, hijo mío, acoge mis palabras
y se te alargarán los años de vida.
Te he indicado el camino de la sabiduría,
te he encaminado por sendas rectas.
Cuando camines, no vacilarán tus pasos,
y si corres, no tropezarás.
Prov 4, 10-12

El oído atento lo escucha todo.
Sab 1, 6

Pues quien quiera amar la vida
y ver días felices,
guarde su lengua del mal,
y sus labios de palabras engañosas,
apártese del mal y haga el bien,
busque la paz y corra tras ella.
Pues los ojos del Señor miran a los justos
y *sus oídos escuchan su oración,*
pero el rostro del Señor contra los que
obran el mal.
Sal 34 13-17

Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salió una voz que decía: «*Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.*» Mt 17, 1-5

Oír y transmitir

Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y *lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados.* Mt 10, 26-27



Jesús les decía: «¿Acaso se trae la lámpara para ponerla debajo del celemín o debajo del lecho? ¿No es para ponerla sobre el candelero? Pues nada hay oculto si no es para que sea manifestado; nada ha sucedido en secreto, sino para que venga a ser descubierto. *Quien tenga oídos para oír, que oiga.*» Mc 4, 21-23

Jesús decía: «Salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar, unas semillas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comieron. Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; pero en cuanto salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. Otras cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. *El que tenga oídos, que oiga.*» Mt 13, 3-9

Y les dice: «¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo, entonces, comprenderéis todas las parábolas? *El sembrador siembra la palabra.* Los que están a lo largo del camino donde se siembra la palabra son aquellos que, *en cuanto la oyen*, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. De igual modo, los sembrados en terreno pedregoso son los que, *al oír la palabra*, al punto la reciben con alegría, pero no tienen raíz en sí mismos, sino que son inconstantes; y en cuanto se presenta una tribulación o persecución por causa de la palabra, sucumben en seguida. Y otros son los sembrados entre los abrojos; son *los que han oído la palabra*, pero las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y las demás concupiscencias les invaden y ahogan la palabra, y queda sin fruto. Y los sembrados en tierra buena son aquellos que *oyen la palabra, la acogen y dan fruto*, unos treinta, otros sesenta, otros ciento.» Mc 4, 13-20



Jesús llamó otra vez a la gente y les dijo: «*Oídmelos todos y entended.* Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. *Quien tenga oídos para oír, que oiga.*» Mc 7, 14-16

Oído que escucha y ojo que ve:
ambas cosas las hizo el Señor.

Prov 20, 12

Sordos en el mundo

«*¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!* Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron. Mt 13, 16-17

Echémonos en nuestra vergüenza,
y que nuestra confusión nos cubra,
ya que contra el Señor nuestro Dios hemos pecado,
nosotros como nuestros padres,
desde nuestra mocedad hasta hoy,
y no escuchamos la voz del Señor nuestro Dios.

Jr 3, 5



¿Teniendo ojos no veis y teniendo oídos no oís?

Mc 8, 18



Lo que les mandé fue esto otro: «*Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo, e iréis por donde yo os mande, para que os vaya bien.*» Mas ellos *no escucharon ni aplicaron oído*, sino que se guiaron por la pertinacia de su mal corazón, volviéndose de espaldas, que no de cara. Jr 7, 23

Que no digan los paganos:
«¿Dónde está tu Dios?»
Nuestro Dios está en el cielo,
y hace todo cuanto quiere.
Plata y oro son sus ídolos,
obra de la mano del hombre.

Tienen boca y no hablan,
tienen ojos y no ven,
tienen orejas y no oyen
tienen nariz y no huelen.
Tienen manos y no palpan,
tienen pies y no caminan,
tienen garganta sin voz.

¡Sean como ellos los que los hacen,
los que en ellos ponen su confianza!

Sal 115, 2-8



Dios nos escucha

Escucha, el Señor, mi oración,

llegue mi grito hasta ti;
no ocultes de mí tu rostro
el día de la angustia;
tiende hacia mí tu oído,
¡responde presto el día en que te invoco!
Sal102, 23

En mi angustia grité al Señor,
pedí socorro a mi Dios;
*desde su templo escuchó mi voz,
resonó mi socorro en sus oídos.*

2 S 22 7 // Sal 18 7



Yo me quedé en el monte, como la primera vez, cuarenta días y cuarenta noches. *También esta vez me escuchó el Señor*, no quiso destruirte. Y me dijo el Señor: «Levántate, vete a ponerte en marcha al frente de este pueblo, para que vayan a tomar posesión de la tierra que yo juré dar a sus padres.» Dt 1 0 1 0-1 1

Por la mañana escuchas mi voz,
por la mañana me preparo para ti
y quedo a la espera. Sal 5, 2

Nosotros clamamos al Señor,
Dios de nuestros padres,
y *el Señor escuchó nuestra voz.*
Dt 26 7

*Amo al Señor porque escucha
mi voz suplicante;
porque inclina su oído hacia mí
el día que lo llamo.* Sal 116, 1-2

Mi voz clama a Dios,
mi voz al Dios que me escucha
El día de la angustia busco al Señor,
tiendo por la noche mi mano sin descanso,
mi ser se resiste a dejarse consolar.
Me acuerdo de Dios entre gemidos,
medito, y mi espíritu desmaya.
Sal 77 2-4

Yo esperaba impaciente al Señor:
hacia mí se inclinó
y *escuchó mi clamor.* Sal 39 2

Sabed que el Señor me distingue
con su amor,
el Señor me escucha cuando le llamo. Sal 4, 4

Dios actúa



Te doy gracias por tu amor y tu verdad,
pues tu promesa supera a tu renombre.

*El día en que grité, me escuchaste
aumentaste mi vigor interior.*

Te dan gracias, Señor, los reyes de la tierra,
cuando escuchan las palabras de tu boca;
y celebran las acciones del Señor:

«¡Qué grande es la gloria del Señor!

Sal 138, 2-5

Nuestros padres bajaron a Egipto y nos quedamos en Egipto mucho tiempo. Pero los egipcios nos trataron mal, a nosotros igual que a nuestros padres. Clamamos entonces al Señor, *y él escuchó nuestra voz: envió un ángel y nos sacó de Egipto.* Ex 22 15-16

Te invoco, oh Dios, pues tú me respondes,
inclina a mí tu oído, escucha mis palabras.

Sal 17, 6

En aquellos días Ezequías cayó enfermo de muerte; pero hizo oración al Señor, *que le escuchó y le otorgó una señal maravillosa.*

2 Cro 32 24

- Con nuestras manos

El Señor le dijo a Moisés: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, *he escuchado el clamor* ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. *He bajado para librarlo* de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos. Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los afligen. Ahora, pues, ve: *yo te envió* al faraón para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.» Ex 3, 7-10



*¡Bendito el Señor, que ha escuchado
la voz de mi plegaria!*

El Señor es mi fuerza y mi escudo,
en él confía mi corazón:
su ayuda me llena de alegría,
le doy gracias con mi canto.

Sal 28, 6-7

Joacaz suplicó al Señor, *que le escuchó*, pues había visto la represión con la que el rey de Aram tiranizaba a Israel. *El Señor concedió* entonces a Israel un libertador que los sacó de la opresión de Aram. 2 R 13 4-5

- Con Jesús



Fortaleced las manos débiles,
afianzad las rodillas vacilantes.
Decid a los de corazón intranquilo:
¡Ánimo, no temáis!
Mirad que vuestro Dios
viene vengador;
es la recompensa de Dios,
él vendrá y os salvará.

Entonces se despegarán los ojos de los ciegos,
y las orejas de los sordos se abrirán.
Entonces saltará el cojo como ciervo,
y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo. Is 35, 3-6

Jesús se marchó de la región de Tiro y vino de nuevo, por Sidón, al mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Le presentan un sordo que, además, hablaba con dificultad, y le ruegan imponga la mano sobre él. Él, apartándole de la gente, a solas, *le metió sus dedos en los oídos* y con su saliva le tocó la lengua. Y, levantando los ojos al cielo, dio un gemido, y le dijo: «*Effatá*», que quiere decir: «¡Ábrete!» *Se abrieron sus oídos* y, al instante, se soltó la atadura de su lengua y hablaba correctamente. Jesús les mandó que a nadie se lo contaran. Pero cuanto más se lo prohibía, tanto más ellos lo publicaban. Y se maravillaban sobremanera y decían: «*Todo lo ha hecho bien; hace oír a los sordos y hablar a los mudos.*»

Mc 7, 31-37



Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo, envió a sus discípulos a decirle: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» Jesús les respondió: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!» Mt 11, 3-6

Si grita el pobre, *el Señor lo escucha*
y lo salva de todas sus angustias. Sal 34, 7



Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra.» Y le dijo a ella: «*Tus pecados quedan perdonados.*» Lc 8, 44-48

Sólo de oídas te conocía,
pero ahora te han visto mis ojos.

Jb 42, 5

Oración final

Padre, deseo oír tu voz, vivir tus palabras, transmitir tu mensaje y participar en el Reino que nos has preparado.

Padre, háblame y, como dice el salmo, que con tu palabra me zumben los oídos.

Padre, enséñame a decir como Samuel: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha”*, que permanezca siempre a tu disposición.

Padre, aunque sé que si siempre me escuchas, no permitas que dude de ello, y me sienta sola.

Padre, que mis oídos estén atentos a la voz del otro, que no me despiste en oírme solamente a mí.

Padre, que ojalá hoy escuchemos tu voz.

...

Todo esto te lo pido por Jesucristo nuestro Señor.

AMEN